

PERO...
¿LOS QUE NO
TENGAMOS
FAMILIARES EN
"UCD"?



A LA
SUYA
SI...



"UCD" ESTÁ
DECIDIDA A
PROTEGER A LA
FAMILIA



EL DISFRAZ DE LARRA

LoS
CoNteM
poRa
ñEoS

CARNAVAL-Larra: no hay periodista que se resista a la identificación. A la evocación de "Todo el año es carnaval": todo el siglo, todos los siglos son carnaval. Para que el carnaval —prohibido por Doña Cuaresma, que ganó durante cuarenta años, que va a ganar otra vez— vuelva se hacen esfuerzos; para que vuelva Larra no hay que hacerlos, porque vuelve solo. "Chassez le naturel il revient au galop". Larra está volviendo al galope desde siglos antes de nacer. Se disfraza como puede en el gran carnaval nacional: se disfrazaba de Quevedo cuando le gustaba, con sus anteojos —quevedos, claro— y su capilla corta de alguacil —algu cilado—, o se disfraza de Valle-Inclán —"primer premio de máscaras a pie", como dijo alguien—, o se pone el cuello de astracán, la bufanda roja, de Umbral. La gran sorpresa fue cuando Larra se disfrazó de Larra en el siglo XIX, con toda la dificultad de encajes, oros, marfiles y bastoncillos de Bengala que se requería entonces para disfrazarse bien de Larra.

El problema de Larra es que, por mucho que se disfrace, siempre le reconocen. No tardan mucho tiempo en descubrirle: "Esa máscara es Larra", gritan los de la Cuaresma; y le encierran en la torre de Juan Abad, le fusilan en una carretera al amanecer, le golpean con porras y cadenas, le tienden una pistola y un espejo para que se suicide, le mandan al exilio, le queman sus libros, le cortan sus párrafos, le condenan al hambre.

Trabajo inútil. Vuelve otra vez. Se va a un ropavejero, alquila una buhardilla en Malasaña, se deja vestir por las chicas de una "boutique vaquera", cambia su estilo; practica su carnaval. Piensa que esta vez no le van a reconocer. Pero algo le pasa a este Larra eterno en su carnaval eterno; y le pasa que, debajo de su disfraz, le brota su sinceridad. Apenas empieza a decir aquello que ha venido a decir, alguien grita —hay especialistas— que esa máscara es Larra. Siempre habrá un aspirante a ministro para denunciarle —aunque sea de lo que no es Larra: como mejor se puede atacar a Larra es acusándole de lo que no es ni él ni su disfraz—, alguien para perseguirle o para esperarle en la esquina de su casa, un papel sellado para empapelarlo —terrible verbo español, sin igual en otros idiomas: "le han empapelado", se dice de alguien, y se comprende que está perdido—, una hoguera para quemar sus libros. Si se acerca a un premio, a una Academia, siempre habrá alguien para gritar: "¡Cuidado, que ese es Larra!". Si se acerca a una mujer, alguien le dirá: "Huye, que ese es Larra". Alguien limpiará en silencio la pistola que hay escondida en el cajón de su tocador, debajo del espejo. El espejo al que Larra se mira por última vez y se pregunta, perplejo: "Pero, ¿cómo me habrán reconocido, con lo bien disfrazado que estaba esta vez? ¿Cómo no habrán confundido esta cara que ahora veo con la de uno de ellos, este encaje, esta tirilla de terciopelo en la levita gris, con sus encajes, sus tirillas, sus levitas?". Y partirá para volver otra vez al carnaval de toda la Historia —toda la Historia es carnaval— con un disfraz mejor. Hacia otra muerte igual. ■

POZUELO